Acoger al forastero: Un imperativo moral

No hay nada extraño en un extranjero ni en ser una persona extranjera. Ser una persona extranjera es la experiencia humana de nuestro camino compartido de estar vivos y conscientes de nuestra existencia. Y todo empezó después de la Caída, cuando el Señor Dios «expulsó al hombre del jardín de Edén» (Génesis 3,23-24). En el Antiguo Testamento, Dios le dijo a Abram: «Tienes que saber que tus descendientes emigrarán a una tierra extranjera» (Génesis 15,13), y Dios le ordenó expresamente a Moisés que exhortara a los israelitas: «Cuando un extranjero resida contigo en tu tierra, no lo

molestarás. El será para ustedes como uno de sus compatriotas y lo amarás como a ti mismo, porque ustedes fueron extranjeros en Egipto» (Levítico 19,33-34). Nuestra peregrinación hacia la salvación está, en efecto, repleta de encuentros, trato y convivencia con extranjeros.

La propia humanidad de Jesús fue un testimonio vivo de lo que significa ser extranjero: nació en un ambiente extraño, fue exiliado de niño a un país extranjero y vivió la vida de un inmigrante. Al regresar a su pueblo natal, los suyos lo rechazaron y lo juzgaron diciendo: «¿Acaso puede salir algo bueno de Nazaret?». Y durante tres años pasó su vida terrenal cumpliendo su misión divina y mostrando a toda la humanidad «el camino, la verdad y la vida» para la salvación eterna. Eligió vivir con extranjeros, los marginados de la sociedad judía —los pobres, los cojos, los ciegos, los enfermos, los moribundos y los pecadores—, todos rechazados y evitados por los ricos y poderosos. Eligió a doce hombres, también extranjeros, muchos de los cuales se ganaban la vida echando sus redes, para que fueran sus compañeros y colaboradores en el ministerio. Él enseñaba al pueblo, no en el templo, donde solo se sentaban y recibían a unos pocos elegidos, sino en los campos abiertos o a la orilla del mar de Galilea, donde todos son iguales y bienvenidos. Y les enseñaba la verdad eterna: que todos somos iguales ante Dios y ante toda la humanidad, que su encarnación es el fundamento de esta igualdad espiritual de todas las personas y que todo lo que hagamos a los demás, se lo hacemos a él. Jesús rompió todas las barreras sociales al relacionarse con los marginados sociales de su tiempo, sin importar su género, moralidad o condición. En el pozo de Jacob, le pidió a la mujer samaritana que le diera de beber agua de su cántaro. En ese momento, dos tradiciones sociales se vinieron abajo. En primer lugar, los judíos no tenían trato alguno con los samaritanos y, en segundo lugar, se consideraba que sus mujeres eran moralmente impuras. Jesús ignoró ambas cosas, para gran asombro de la mujer, que respondió: «¡Cómo! ¿Tú, que eres judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?». Lo que ocurrió después fue una de las exégesis teológicas más profundas sobre el agua de la vida. El intercambio de preguntas y respuestas fue tan sencillo, tan fluido y tan libre de amenazas que incluso llevó a revelar su colorido estilo de vida inmoral y otras cuestiones religiosas, como el lugar de culto y el Mesías prometido. Y, por último, Jesús le reveló su divinidad: «Soy yo, el que habla contigo». ¡Qué intimidad! ¡Qué acogida! ¡Qué redención! La mujer samaritana se convirtió en una fiel seguidora de Jesús: «Vengan a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que hice» (Juan 4, 29). Creo que Jesús disfrutó verdaderamente y de manera humana el tiempo que pasó con la mujer

samaritana.

Jesús también rompió barreras al invitarse a sí mismo a la casa de Zaqueo. Ahora bien, Zaqueo, un recaudador de impuestos adinerado, conocido por sus formas deshonestas de acumular riquezas, no era bien recibido por la sociedad judía. Zaqueo era un extranjero, un hombre despreciado y corrupto, y la sociedad judía no consideraba aceptable que alguien fuera su huésped. Pero Jesús les dijo: «Este hombre también es descendiente de Abraham» (Lucas 19, 9-10). Y Zaqueo experimentó una transformación inmediata: «Señor, voy a dar la mitad de mis bienes a los pobres, y si he perjudicado a alguien, le daré cuatro veces más» (Lucas 19, 8). ¡Qué transformación tan extraordinaria!

Uno de los actos de bondad humana más tiernos y amorosos de Jesús fue con la joven acusada de adulterio y a punto de ser lapidada hasta morir, como lo prescribía la ley de Moisés. Se la consideraba extranjera y Jesús hizo añicos aquella antigua ley. Cuando los escribas y los fariseos le preguntaron su opinión al respecto, en lugar de responder, Jesús se arrodilló, bajó la mirada al nivel de la mujer y escribió algo en el suelo. Como nadie le tiró ninguna piedra, Jesús la ayudó con delicadeza a levantarse, la miró con ternura a los ojos y le dijo: «"Yo tampoco te condeno", le dijo Jesús. "Vete, no peques más en adelante"» (Juan 8, 4-11). Un acto sumamente tierno de compasión y perdón, no de juicio. ¿La sociedad judía comprendió y aceptó este imperativo moral de acoger al extranjero? ¿Al marginado? ¿A los pobres? ¿A las personas sin hogar? ¿A los hambrientos? ¿Y a los privados de sus derechos? Al parecer, no. Trataron a Jesús como a un criminal, lo torturaron y lo crucificaron por vivir y amarlos.

Pero la Resurrección de Jesús, el cumplimiento de la promesa de salvación de Dios para toda la humanidad, inauguró una nueva visión del mundo, inundada por la asombrosa manifestación de gracia y energía de Dios. Fue el nacimiento del cristianismo y la llamada urgente «Vayan por todo el mundo, anuncien la Buena Noticia a toda la creación». para recorrer el camino junto a toda la creación con esperanza, en unidad y en relación con la vida eterna. Fue el llamado a reclamar nuestra verdadera herencia: lo divino que habita en nosotros. «Comprenderán que yo estoy en mi Padre, y que ustedes están en mí y yo en ustedes» (Juan 14, 20). Fue una gran exhortación a acogernos unos a otros y a ver lo divino en cada rostro humano.

Pero la sociedad contemporánea, plagada por el consumismo de adquirir y gastar, se ha vuelto demasiado polarizada, demasiado individualista y aislada. Estamos

olvidando que somos la generación de la Resurrección con una misión divina. Los inmigrantes todavía son conducidos en masa a las prisiones; las personas de diferentes culturas o colores todavía son oprimidas sistemáticamente, consideradas inferiores y victimizadas; y, tristemente, los líderes de las naciones están decididos a demostrar su poder para controlar, lo que provoca destrucción, desplazamiento y pérdida de vidas sagradas.

¿Cuál es nuestra misión, nuestro ministerio como personas resucitadas? Definitivamente, no podemos simplemente quedarnos sentados y lamentarnos por nuestros tiempos desesperados. Nuestra fe nos enseña que nuestra resurrección consiste en vivir el Misterio Pascual. El Eclesiastés nos recuerda que «Hay un momento para todo y un tiempo para cada cosa… un tiempo para matar y un tiempo para curar, un tiempo para demoler y un tiempo para edificar» (Eclesiastés 3,1-8). San Pablo comprendió esto, aunque tuvo que caer de su posición de poder, resultar herido y quedar ciego para finalmente escuchar la pregunta de Jesús: «¿Por qué me persigues?». Antes de llevar la Buena Noticia a los gentiles, él mismo tuvo que ser encarcelado para liberar a otros prisioneros.

Claramente, nuestra querida Catalina McAuley comprendió plenamente los signos de su época. Vio y escuchó los desesperados gritos de los extranjeros en las calles, de los pobres, de los niños huérfanos y abandonados y de las mujeres maltratadas. Y, como mujer joven y soltera, se comprometió a ayudar a aliviar el sufrimiento y el dolor de quienes lo necesitaban construyendo la casa de Baggot Street y ofreciéndoles un lugar de refugio, sustento, sanación y dignidad. Su pasión por servir a los pobres era su carisma. En su primera profesión como religiosa y fundadora de las Hermanas de la Misericordia, añadió el cuarto voto de servicio a los pobres, a los enfermos y a los ignorantes. En diez años, Catalina y su comunidad establecieron diez fundaciones con sus «Baggot Streets», que acogían a los pobres, a la mujer afligida y al extranjero que llamaba a la puerta. Y hoy las Hermanas de la Misericordia y sus «Baggot Street» se encuentran en todo el mundo.

Al vivir en nuestro mundo tecnológico de rápido desarrollo, el Papa León XIV vio los peligros y los desafíos para la dignidad de la persona humana con el advenimiento de la inteligencia artificial (IA). En su encíclica *Magnifica Humanitas*, el papa León afirma con rotundidad que la IA no puede ser un criterio de juicio porque carece de sentimientos, experiencia y valores, y trata a los seres humanos como instrumentos en lugar de como personas llamadas a establecer relaciones. Toda la encíclica habla de

lo sagrado de la persona humana, y el Papa llama «A todos los fieles católicos, a todos los cristianos, a todos los hombres y mujeres de buena voluntad… poniendo a Dios en el horizonte de nuestro actuar y al ser humano en el centro de nuestras decisiones. Entonces las piedras desechadas —los pobres, los enfermos, los migrantes, los pequeños— se convertirán en piedras angulares, y sobre la tierra surgirá un hogar común sólido y hospitalario, donde el amor y la verdad finalmente se encontrarán, y la justicia y la paz se besarán» (*Magnifica Humanitas*, 16).

En un retiro reciente, Marcie McCann, RSM, nos guio a reflexionar sobre cómo encender «chispas» y avivar las brasas ocultas en nuestro interior, irradiando así luz y esperanza unos a otros mientras caminamos hacia la luz eterna prometida. ¡Una metáfora asombrosa! Hay que avivar esas chispas y la forma de hacerlo es prestar atención a las necesidades de los demás, aceptar y valorar su humanidad y mostrarles cariño sin juzgarlos, permitiéndoles así ser ellos mismos. Y las llamas producen resultados asombrosos: cuidado, sanación y transformación: ¡eso es lo que realmente importa a la hora de acoger al forastero!

El extranjero siempre estará con nosotros y acoger al extranjero tiene que ver enteramente con las relaciones. La relación es el latido de nuestra existencia. En el relato de la creación del Génesis, Dios creó todo el cosmos y a la humanidad en relación mutua y no en aislamiento. Todavía atesoro las imágenes de mi infancia de Dios, un Dios humano, sonriente y feliz por cada día de la creación, anunciando que cada uno era «bueno». Su sonrisa era tan amplia, extendida por todo su rostro, cuando finalmente creó al primer ser humano. Tan feliz y plenamente satisfecho de que Dios los puso a cargo de toda su creación. Era un mundo perfecto en el que, como dice el refrán, el lobo y el cordero podían tumbarse juntos en paz. Hasta que…

Pero, no importa, la relación es lo que nos hace verdaderamente humanos, y para ser verdaderamente humanos necesitamos estar presentes unos para otros. Somos personas con sentimientos y respondemos a la presencia humana; sentimos el contacto humano, escuchamos la voz humana, vemos las lágrimas humanas, escuchamos y comprendemos los miedos humanos. Catalina hizo precisamente eso. Ella y sus compañeras recorrieron literalmente las calles de Dublín, reunieron a los niños pobres y sin hogar, les tomaron de la mano y los llevaron a Baggot Street. Santa Madre Teresa de Calcuta, con su cesta llena de pan, comía, charlaba, se reía y lloraba con los más pobres de Calcuta. El Papa Francisco viajaba en el autobús público con las personas marginadas, y el Papa León XIV dejó su patria acomodada y vivió con las

personas económicamente desfavorecidas en Perú. Su presencia, su contacto y su empatía están transformando y redimiendo.

Muchas de nosotras, Hermanas de la Misericordia, estamos en nuestra vejez y ya no podemos construir literalmente «Calles Baggot» en los mercados. ¿Hay otras opciones para quienes no quieren «servir simplemente sentándose y esperando», como sugiere el gran poeta John Milton? Personalmente, intento construir mi «Calle Baggot» en el sagrario sagrado de mi corazón, donde doy la bienvenida a desconocidos, les ofrezco una taza de té, les cuento historias repetidas de nuestro pasado y nos reímos de ellas, o simplemente nos tomamos de las manos y rezamos juntas.

---

imagen: «Cristo y la samaritana en el pozo» [“Christ and the Samaritan Woman at the Well”] de Lawrence OP, CC BY-NC-ND 2.0